

“MIO CID CAMPEADOR. HAZAÑA”.

De Vicente Huidobro. Editorial Andrés Bello. Santiago.

La personalidad histórica del Cid ha quedado oscurecida por obra y desgracia de la leyenda. Fenómeno frecuente, cuando la imaginación popular se apodera del héroe. La fama del guerrero era tan real para sus contemporáneos que, en el monasterio francés de Moissac, un monje registró su dolor en un cronicón: “En España, dentro de Valencia, falleció el conde Rodrigo, y su muerte causó el más grande duelo entre la cristiandad, y el mayor gozo entre los paganos”.

Y el musulmán Ben Bassan dijo: “Hay que reconocer que ese hombre, azote de su tiempo, era por su amor a la gloria, por la firmeza de su carácter, uno de los grandes milagros del Señor”.

No es extraño, pues, que la musa popular elevase a su ídolo a cimas insospechadas. Ello es así, porque el pueblo, frente a un héroe, debe presentar a otro, embelleciendo sus contornos humanos. Por eso, el Cid se convirtió en inspirador de poesía, cuya eficacia idealizadora perdura y crece a través de los siglos, entra con paso firme en el campo de la historia, se instaura en la literatura universal. Sus hazañas las cantó la poesía vigorosa, las representó el teatro clásico, el romántico y el moderno.

En *Don Rodrigo* se juntan los atributos del alma castellana, la cortesía ingenua y reposada, la imaginación, más sólida que brillante, la gravedad en los propósitos y discursos. Falta en el Poema la poesía del ensueño y de la visión mística. La templanza y el reposo de la fantasía engendran cierta sequedad. Sin duda, eso mismo acontece en casi todos los poemas heroicos. Muy pocas veces el estilo narrativo se interrumpe para dar paso a una meditación lírica. Cuando eso sucede, el poema se corta, pierde su encantador realismo.

Vicente Huidobro escribió “Mío Cid Campeador. Hazaña”, combinando y confundiendo la historia, la leyenda y una prosa directa que se quiebra y deshace en impulsos líricos, en consideraciones metafóricas. Parte del nacimiento del personaje, sobre una avalancha de sucesos que las crónicas fueron agregando. Sabido es que Rodrigo Díaz fue hijo de una familia noble, que poseía un solar, al norte de Burgos, en Vivar. Ascendiente suyo era Laín Calvo, juez de Castilla. Se crió en la Corte, junto al infante don Sancho, hijo mayor del rey Fernando. Contrajo matrimonio con Jimena, hija del conde de Oviedo, poco inclinada a los devaneos literarios. El juglar destaca su realismo, poniendo en sus labios la pena de tener que vivir lejos del marido, “estando los dos en vida”.

Huidobro nos ofrece su verdad: “Jimena no era una belleza griega, era una belleza española. No tenía cuerpo de palmera, ni cuello de cisne, ni manos de lirio, ni nariz perfilada, ni labios de coral, ni ojos de lagos nocturnos. ¡Qué sandios sois los poetas! ¿Por qué comparáis a la mujer con todas esas cosas?”

Hace hablar a la "sombra" del Cid para que la verdad se respete: "Si mientes en un poema sobre mí, no me importa, pero sobre ella no puedo tolerarlo. Jimena tenía un cuerpo de mujer hermosa, con nada de ánfora ni de mármol. Cuando yo llegaba, ella abría los brazos de par en par como las puertas del alba".

El Cid no conoció el sobresalto de las corridas de toros, no viajó sobre el mar, un "mar que asusta a las barchas" muy cerca de la soledad y de la angustia. Los elementos novelescos se agrupan, para crear frases que no caben en las rígidas tiradas monorrimas. El personaje surgió como hombre heroico en las situaciones azarosas de un vivir fronterizo. Lógico fue que la gente lo viera como guerrero invencible, como reformador de índoles humanas y depositario de una herencia moral castellana y española.

El desconocido autor del Poema pone en boca de los burgaleses una frase perfecta: "Dios, qué buen vasallo, si oviesse buen señor".

Los amigos del Cid están vistos de manera cordial: el burgalés de pro, la ardida lanza, el hombre callado e impulsivo, el sacerdote bien entendido de letras y acordado, unas espadas con nombre propio y un caballo. Vicente Huidobro, escalando cimas, escribe: "Babieca es un semidiós. Pasterá sobre el Olimpo hasta el fin de los tiempos. Este magnífico potro árabe convertido al cristianismo es el resumen de las fuerzas secretas de la naturaleza, de las ciegas leyes físicas. Allá en la más alta arista de la fábula, Babieca patea, se para en dos patas para morder una estrella".

El héroe vence a condes, conquista ciudades y pueblos, exhibe su estrategia, vende a los derrotados sus viejas tierras, sigue su camino hacia el mar, en donde está Valencia. Nuestro poeta no puede contener su admiración, y nos dice que al caudillo le brillan los ojos "con un brillo histórico y glorioso".

"Dueño de la ciudad, el Cid se dirige a la torre más alta y desde allí contempla ante el pasado y el futuro su ansiada conquista, con ojos de enamorado. El mar con un ruido de mil tambores canta victoria a sus pies. El redoble de las olas apaga el Poema, cubre la Gesta y el Romancero".

Esa composición del poeta tiene la gracia de lanzar al personaje fuera de su real historia, para que deambule por caminos no trazados, para que sean posibles nuevas hazañas en los recintos de su muerte.

Esta obra, reeditada varias veces, nació como una picardía estética, con certezas y aproximaciones históricas. Los caballeros y las espadas, los paisajes y las ironías se anudan para crear un arabesco, para soñar una vida que se ahogaba en el Poema. "La Historia, la Crónica, la Leyenda le lanzan paquetes de laureles. La Gloria se echa a sus pies como un lebrel".

Vicente Huidobro explica, en líneas generales, la forma y el fondo de esta "Hazaña", para justificar ciertas libertades que, a veces, exige la obra de arte. Nos dice que se ha convertido en el último de los descendientes del Cid. Por eso corrige la historia y la leyenda con el derecho que le da "la voz de la sangre".

He ahí una manera de conocer la intimidad de un guerrero, de un hombre al que los siglos dejaron en la cuerda floja que une las realidades y las apariencias.

Como trasfondo de sus aventuras está la figura del árabe, es decir, la justificación de hazañas inolvidables. Nunca se dieron en ninguna literatura ejemplos tan vivos de una postura humana que permitía considerar al vencedor como venero de hidalguía.

La historia de Don Rodrigo estaba por escribirse hasta que Ramón Menéndez Pidal trazó su "España del Cid". Por esas páginas deambulan los caballeros, los campesinos de Andalucía y de Castilla, la gentil y fronteriza. Pero los hombres de condición heroica se sobreviven, son "interpretados" por los historiadores y poetas. Y eso hizo nuestro Vicente Huidobro.

Las "hazañas" son hechos ilustres y heroicos. Los héroes clásicos fueron primero tipos ideales que atesoraban serenidad y perspicacia, vigor y belleza. Pero los días homéricos quedarán atrás. El héroe podía tener miedo y pasiones contradictorias. El Cid de Huidobro, en varios momentos, se aproxima a los esquemas del hombre de carne y hueso. Muchas de las exageraciones del poeta son destellos de lirismo, sin que la "caricatura" aparezca superpuesta a la verdad de la historia o al capricho de los volubles cronistas.

VICENTE MENGOD

"INTRODUCCION A LA ANTROPOLOGIA FILOSOFICA"

De J. Miguel Ibáñez Langlois. Editorial Universitaria. Santiago. 85 págs.

El hombre vive para reflexionar, conocer los problemas y enfurecerse, entre dudas y esperanzas. Es el sujeto de todas las preguntas filosóficas que se haga a sí mismo. Es cierto que la filosofía y el hombre son insuficientes para responder algunas preguntas: origen del mundo, finalidad de nuestra existencia, estilo de vida que nos aproxima a la felicidad, siempre relativa. En ese momento, los filósofos, personas que van de camino, presentan sus sistemas, en cuyo centro está siempre, clara o embozada, la idea de Dios.

Miguel Ibáñez Langlois, refiriéndose al término "antropología", dice que puede designar todos aquellos conocimientos de orden histórico, psicológico, sociológico, lingüístico que abordan, desde distintas perspectivas, el fenómeno humano.